

yor precisión, esa inocencia, lo que suele adherirse a la memoria del lector, por ser esa inocencia uno de los vehículos mejor encaminados hacia el conocimiento y la revelación); una concepción romántica que, entre el alivio engañoso del olvido —engañoso y estafador— y la plenitud del dolor, elige siempre esa plenitud del dolor y se resiste, con violencia, al olvido, ya que en todo proceso de separación amorosa el olvido es la más fiera seña de identidad de la derrota, es la refutación del pasado: una especie de asesinato retroactivo. Desde esa moral exigente —que todos los auténticos amantes conocen y respetan— Martín define al dolor como «monumento y gloria», como la ganancia que sobrevive en lo perdido, y es con esa moral con lo que en esa página lucha Martín en contra de «la copiosa mano del olvido», un olvido —un error, una obediencia o, cuando menos, una brutal descortesía— al que Martín califica de «inoble». Me apresuro a agregar que esa moral romántica de Martín con respecto a la experiencia amorosa —una moral que ya estaba presente en *Rubáiyátas...* de manera obstinada— no es sino una más de las leyes morales que Martín ha heredado del Romanticismo, pero señalo que es también un homenaje a quien siempre considero el más grande de sus maestros: don Antonio Machado. Seguro que recuerdas de memoria, amigo Luis, el poema XI de *Soledades* (en el que don Antonio, como es sabido, hace a su vez un homenaje a Rosalía de Castro): en ese poema —mágico, increíble y de una sencillez absolutamente secreta—, venimos desde hace décadas leyendo esta cuarteta de pudorosa genialidad: «En el corazón tenía / la espina de una pasión; / logré arrancármela un día: / ya no siento el corazón». Aquí Machado va más allá de una mera rebelión en contra del olvido: esto sólo sería romanticismo y Machado lo excede. Lo que aquí don Antonio nos explica no es que la moral romántica tiene derecho a rebelarse, sino que, se rebele o no, la relación entre el olvido y la muerte es una ley: desde el dolor, contra el dolor, podemos arrancarnos la memoria, como se extrae de la carne una bala; pero a un corazón que ha sido liberado de su padecimiento amoroso, su dueño —o mejor: su sirviente— ya no puede sentirlo: la música ha cesado, se ha enfriado: y lo que suena en la música fría es el sonido de la muerte. La reflexión filosófica y moral de esa cuarteta, una reflexión ya antigua en la poesía amorosa (la poesía provenzal la acoge, de ella se nutre la mejor poesía amatoria hispanoárabe —por ejemplo, la de Ibn Zaydun—, y el Barroco no se resignó a desconocerla) suena súbitamente nueva en don Antonio. (Lo antiguo, lo garantizado por la aceptación de los siglos, apareciendo súbitamente nuevo: este fenómeno, al que quizá debamos llamar mágico, es una de las costumbres de los genios). Es claro que esa cuarteta supera —por de pronto, en cuanto atañe a su misteriosa sencillez— a las reflexiones de Martín sobre la moral del amante. Y es lógico: Martín sólo es Martín y Machado es Machado. Pero sé que a Martín le agradaría que de su obra *Daena* no sea retirada esa página que es, de un lado, un homenaje a don Antonio (el creador del complementario Abel Martín, bisabuelo de Horacio) y, de otro lado, una meditación sobre la moral amatoria. Me consta que del amor lo que más carga de gratitud y asombro recibiera Martín —además de la gratitud y el asombro que recibiera en el placer—,

es la grave estructura moral que lo sostiene y con la que se erige en adversario de la muerte. Sobre este asunto te acompaño unas páginas en prosa que compuso Martín en el año 1982, unas páginas («De la separación») que él quiso que aparecieran con mi firma, que fueron publicadas en el año citado en el semanario *El Socialista* y que luego incluí en mi libro *La vida breve, hoy agotado y, creo, inhallable*. Te informo de que esas páginas no fueron escritas desde un conflicto personal de Martín, sino como afectuosa terapia a una mujer y un hombre amigos nuestros que en aquel tiempo vivían en el infierno de dudar entre separarse en busca del alivio o seguir viviendo juntos crucificados al dolor: no diré aquí sus nombres (son conocidos y es mi deber no renunciar a la prudencia para con lo ajeno); tan sólo, que no se separaron. Y debo señalarte también que hago esta confidencia para excusar ciertas precipitaciones optimistas —no diría conceptuales, pero sí formales— que en esas páginas están más orientadas a servir de bálsamo a una pareja de amigos doloridos que a precisar en todo su esplendor el infierno de la separación. Sospecho que si esa reflexión de Martín hubiese tenido como destinatario al propio Martín, los mismos conceptos habrían sido verbalizados con mayor desesperación; diría, incluso, con mayor autocrueldad: que es precisamente la forma que emplearía más tarde, en 1985, al lamentarse de que la cadena del dolor amante —digamos: la cadena de la nostalgia exasperada— es malvada precisamente porque no es sino transitoria, es afrentosa porque no es perpetua. El final del amor como cadena perpetua: esa es la moral del soneto III de *Daena*: retirar ese soneto del conjunto es mutilar en Martín su moral de la angustia. Martín te hubiera reprochado esa supresión. Te la reprocho yo en su nombre. Repito: sin ánimo de herirte ni de decepcionarte: sólo como un deber, ese asunto obstinado y frecuentemente enojoso.

Soneto VI, separado también en la publicación de *Daena* en *ABC*: contiene una variante, creo que no desdeñable, de lo expresado más arriba, y aparece en sus versos 7 y 8. En esa página, un solitario reamanece en su cama tras el exacto insomnio con que solemos honrar al dolor de la separación, y advierte, como es lógico, que su fuego —*todo*, por lo demás: «toda mi llanura»— se ha transformado en hielo. Aquí se hace preciso, antes de proseguir, indicar, siquiera en forma por el momento telegráfica, que en la relación de Martín con el conocimiento ha habido, quizá siempre, un desasosiego que no le consintió reposar en los métodos ortodoxos de vinculación con la realidad y la creación literaria (los sentidos y la memoria personal, en el primer caso; las preceptivas literarias y la utilización del lenguaje como mero vehículo de la expresión, en el segundo caso... dicho sea de un modo avaramente resumido), sino que le llevaba con frecuencia a intentar complementar y engrosar sus mecanismos de percepción vital —e idiomática— mediante la consulta de textos que con cierta pereza bautista, y a veces con desdén o incluso con aborrecimiento, solemos llamar esotéricos; ese desasosiego de Martín le habría llevado desde el interés por la psicología tradicional al interés por el psicoanálisis freudiano, pero, naturalmente, le llevaría también a desobedecer la ortodoxia freudiana y a examinar sin prejuicios las propues-

tas de los contestatarios de Freud: desde la genitalidad como concepción cosmológica, de Wilhelm Reich, hasta la teoría de los arquetipos y del inconsciente colectivo, de Karl Gustav Jung; pero, naturalmente, ese mismo desasosiego le haría asomarse a otras «lecturas de lo universal» menos, por decirlo así, «universitarias» (esto es: menos autorizadas por la censura, a menudo casi policiaca, del saber instituido en sistemas sancionados a la vez por su eficacia y por su inercia) y más ambiciosas, herejes o secretas —los adjetivos, en este caso, resultan muy menesterosos—: la mística, la teosofía, la alquimia, el ocultismo, la astrología esotérica, la emblemática y, en general, la concepción simbólica de lo universal, de lo real, de la conciencia, del inconsciente y del lenguaje. Puesto que deseo no omitir la sinceridad, debo hacer, a este respecto, dos matizaciones; primera: no creo que Martín llegase a ser particularmente especialista en ninguna llamémosle disciplina secreta: la intensidad de su desasosiego —que finalmente lo ha enfermado— ni le consentiría, posiblemente, la concentración necesaria para perseverar en sus investigaciones, ni le consentiría, supongo (y esto es más grave o, según se mire, más propio de un poeta lírico), creer en esas lecturas heterodoxas de lo real con la suficiente firmeza como para de una creencia deducir un alivio (si es que no había en Martín una obstinada negativa al alivio, a toda clase de alivio, con excepción del que proporcionan el ejercicio de la sexualidad y la escritura, alivios que, por lo demás, también tienen su propio precio); y segunda: creo que sus ocasionales inmersiones en el océano del esoterismo, al estar más motivadas en el desasosiego psicológico que en la curiosidad intelectual, hay que tomarlas preponderantemente como un resultado de su infelicidad. No es fortuito que Martín frecuentase con interés las poéticas de Rilke y de Pessoa, ambos geniales poetas, ambos con mayor o menor dedicación al estudio —y tal vez a la práctica— del ocultismo, pero ambos habitantes de un cuerpo frágil y de una «conciencia desdichada»: de un modo más austero Rilke, de un modo más trágico Pessoa. Hacia Pessoa en particular dirigió Martín una mirada atenta, ante todo por la maestría del poeta portugués en el arte de sobrevivir, y de *no enloquecer*, mediante la creación de heterónimos (Martín, y esto es prácticamente desconocido por sus lectores, alentaba un heterónimo dedicado fundamentalmente a la sátira política). De Pessoa también interesó a Martín —aparte, claro está, su vasta obra poética— la posible relación que el poeta portugués pudiera haber establecido entre la alquimia y la heteronimia: «... según ha propuesto António Quadros, la heteronimia puede interpretarse como un proceso alquímico [y ello] inclinaría aún más a admitir que Pessoa pudiese ser, en efecto, un iniciado»². Pero, en fin, no deseo dispersarme y por ello destaco, con respecto a las lecturas pessoanas de Martín, que, primero, entre ambos las semejanzas son escasas; segundo, que sus diferencias son abundantes y, tercero, que la admiración de Martín por Pessoa se asienta principalmente en la grandeza diría dispersiva, centrífuga, de la obra poética del portugués y en la astucia con que logró, lo repito porque esto es importante, no enloquecer... lo que no excluye que respetemos en Martín el carácter esotérico, simbólico —o, si se quiere, podemos llamarle sinuoso— que palpita debajo del «conte-

² Pag. 268 del libro de Angel Crespo La vida plural de Fernando Pessoa. Si aún no has leído este libro, te lo recomiendo vivamente. Apareció en 1988 en la editorial Seix Barral. Sobre el esoterismo en Pessoa —y sobre la tentacularidad de su neurosis— es muy útil examinar también algunos capítulos del libro de João Gaspar Simões Vida y obra de Fernando Pessoa (Fondo de Cultura Económica. México, 1987).